

(Facultad de Ciencias Sociales) Columna: Violencia y políticas de infancia

Marigen Narea Escuela

de Psicología UC y Centro de Justicia Educacional UC

La evidencia es consistente: la violencia no comienza en la adolescencia. Sus raíces van mucho más atrás, a los primeros años de vida. La primera infancia —desde el embarazo hasta los cinco años— es una etapa decisiva para el desarrollo del cerebro y, especialmente, de la autorregulación, entendida como la capacidad de reconocer, expresar y manejar las emociones, controlar los impulsos y responder al entorno de manera adaptativa. Esta habilidad está estrechamente ligada a la prevención de conductas agresivas y violentas.

Pero la autorregulación no se aprende sola. Se construye en la relación con otros —adultos— en interacciones cotidianas que moldean la manera en que los niños entienden y manejan lo que sienten. Cuando esos entornos están marcados por el estrés, la negligencia o prácticas de crianza violentas, las oportunidades de desarrollar esta habilidad se ven comprometidas. Si queremos tomarnos en serio la prevención de la violencia, el punto de partida debe cambiar.

Primero, es urgente fortalecer la detección temprana de posibles problemas, incorporando herramientas que permitan identificar no solo conductas problemáticas, sino también dificultades en la regulación emocional desde los primeros años de vida.

Segundo, debemos apoyar decididamente a quienes sostienen el cuidado cotidiano, sean madres, padres, cuidadores o educadoras. Si la autorregulación se aprende en relación, quienes cuidan necesitan herramientas concretas para acompañar ese proceso.

Tercero, es fundamental fortalecer el rol de las educadoras de primera infancia. Ellas son agentes clave en la construcción de entornos predecibles, seguros y emocionalmente disponibles. Pero para ello requieren formación

específica, apoyo institucional y condiciones laborales que les permitan desempeñar ese rol.

La evidencia es clara: la autorregulación o las conductas prosociales no dependen solo del niño, sino también de las relaciones y los entornos en los que crece. Por eso, la prevención de la violencia no comienza en el sistema penal ni en la adolescencia. Comienza mucho antes, en la sala cuna, en el jardín infantil y en el hogar.

Si aspiramos a una sociedad más segura, debemos mirar en los primeros años de vida. Es ahí donde se aprende a convivir con otros y donde se construyen —o se previenen— las trayectorias de violencia.

Sueldo mínimo: la resaca

Pablo Eguiguren F.
Libertad y Desarrollo



El carrete estuvo excesivamente “regado” y hubo una que otra pastilla. Ahora, terminada la fiesta, toca ordenar, pagar las cuentas y vérselas con la resaca. La metáfora aplica perfectamente a lo que sucedió en los últimos cuatro años con los costos laborales, y en particular con el sueldo mínimo, cuyo reajuste debe discutirse desde mayo en el Congreso. Tras el desmadre, y con el objetivo de crear más empleos, lo más prudente es que este año no haya reajuste.

Veamos. Actualmente, el sueldo mínimo asciende a \$539 mil mensuales, casi un 30% mayor en términos reales que en 2018, pese a que la productividad laboral solo subió un 1,4% anual en el mismo período (CNEP). Además, en paralelo, la jornada laboral se redujo de 45 a 42 horas y ya se está pagando parte de la cotización adicional de la reforma de pensiones.

Tanto la rebaja de la jornada como el alza de las cotizaciones —donde una proporción es derechamente un impuesto al trabajo— seguirán implementándose, en-

careciendo la creación de empleos formales. No sorprende, entonces, que el Banco Central haya advertido una caída acumulada de empleo de casi 10% en las empresas con más trabajadores expuestos al sueldo mínimo, respecto de aquellas menos expuestas.

A nivel agregado, el cóctel de mayores costos laborales implicó un alza del desempleo (IPoM, septiembre de 2025). La evidencia internacional apunta en la misma dirección. En California se estimó que el alza del sueldo mínimo para las cadenas de comida rápida en 2024 está asociada con una caída de hasta 4% del empleo en dicho sector (Clemens, Edwards y Meer, 2025).

El empleo es la mejor política social. El 58% de la reducción de la pobreza entre 1990 y 2022 se explica por los ingresos del trabajo (Correa, 2026). Por lo tanto, crear condiciones que dificulten la creación de empleos impedirá el progreso de las familias.

En ese sentido, es importante recal-

car que, de acuerdo a la encuesta Casen, las personas pertenecientes al 30% más pobre del país tuvieron tasas de ocupación laboral más bajas en 2024 de las que tenían en 2017. En cambio, en estas mismas fechas, los más ricos seguían aumentando su nivel de empleo.

Lo mismo ocurre al analizar por nivel educativo: la ocupación de los de menor escolaridad retrocede. La izquierda argumentará que el reajuste al sueldo mínimo ayudará a hacer frente al alza de los combustibles. Pero si el reajuste sigue destruyendo empleos no habrá ningún alivio y seguirá impidiendo que los jóvenes —cuya cesantía llega al 20%— encuentren un trabajo.

La principal medida anti empleo son alzas de los costos salariales por sobre la productividad de los trabajadores. En el caso del reajuste del sueldo mínimo, este año toca pagar los platos rotos de una fiesta excesiva y el Congreso debe pagar su parte de una cuenta que fue advertida.

“La principal medida anti empleo son alzas de los costos salariales por sobre la productividad de los trabajadores”.

Los ricos, de nuevo

Fernando Claro V.



La izquierda ha vuelto a sus antiguos fundamentos, a estos que tenía alrededor de 1920 o 1930, si acaso a esos fundamentos se les podría haber llamado «izquierdistas» y no «liberales». Pero no importa, en lo grueso, han vuelto a esos fundamentos que se oponían a los conservadores o reaccionarios, y se oponían a la idea de sociedades estamentales, fijas, de poca o nula movilidad social. Esos fundamentos, digamos izquierdistas, están de vuelta, pero solo en el discurso, lamentablemente.

En el pasado, esos fundamentos —liberales— buscaban liberar la sociedad, dinamizarla, y entregar oportunidades a todos, a los ricos y a los pobres, a las mujeres y a los hombres, de manera que la cuna no determinara ni el rol de una mujer ni el futuro de su hermana. Contra esto se oponían y se opusieron muchos ricos y la mayoría de los conservadores, que querían mantener sus posiciones. Entre medio de esta historia hay de todo, obvio, co-

mo esa fijación que tuvo a la izquierda contra el voto femenino, porque votaban por la derecha, o también el rol que jugaba la Iglesia cuando tenía poder, apoyando a izquierdistas —revolucionarios y violentos— o conservadores —integristas—. En fin, todas esas ideas conservadoras, las de mantener ricos a los ricos, la de impedir el voto de las mujeres, la de dificultar que los pobres se educasen, la de pensar que el orden social existe así porque corresponde que sea así, esas ideas simplemente ya no existen. Hoy ninguna ideología importante ni partido político defiende algo semejante de manera sistemática. Pero la izquierda las revive y pelea con ellas como si existieran, porque las necesita. Inventan fantasmas.

Es la misma enfermedad de calificar a Piñera de asesino en pandemia y de dictador durante el estallido —como lo hizo la izquierda chilena completa, sí, completa—. Ahora ¡Kast liberal! ¿Dónde está Kast destruyendo la democracia? Es todo muy decadente. Es por este

vacío que, especialmente después de los 90, la izquierda se hizo «feminista» —y vemos acá lo que hicieron con Monsalve—, luego «ecologista» —ya vemos cómo diferencian un canquén colorado de un piquén— y también «indigenista» —ya vemos cómo votan los indígenas y cómo los militantes del PC aparecen golpeando a la ministra Lincolao—.

Ahora insisten con que defienden y se preocupan de los pobres —ya vemos cómo les robaban sus recursos a través de convenios truchos, de manera sistemática— y vuelven con el discurso de los «ricos y poderosos de siempre», que desde los 80 ya no son «los de siempre» —aunque lo nieguen—.

Es el mismo discurso con el que frenaron la economía con Bachelet 2, con el que espantaron a todos los ricos que se fueron durante el estallido y con el que casi destruyen el país el 4 de septiembre de 2022. Lástima que alguna gente les crea. Veremos si ahora les creen diputados y senadores.

“La izquierda insiste con que defiende a los pobres. Lástima que alguna gente les crea”.

Marigen Narea

Escuela de Psicología UC y
Centro de Justicia
Educativa UC



Violencia y políticas de infancia

La evidencia es consistente: la violencia no comienza en la adolescencia. Sus raíces van mucho más atrás, a los primeros años de vida. La primera infancia —desde el embarazo hasta los cinco años— es una etapa decisiva para el desarrollo del cerebro y, especialmente, de la autorregulación, entendida como la capacidad de reconocer, expresar y manejar las emociones, controlar los impulsos y responder al entorno de manera adaptativa. Esta habilidad está estrechamente ligada a la prevención de conductas agresivas y violentas.

Pero la autorregulación no se aprende sola. Se construye en la relación con otros —adultos— en interacciones cotidianas que moldean la manera en que los niños entienden y manejan lo que sienten. Cuando esos entornos están marcados por el estrés, la negligencia o prácticas de crianza violentas, las oportunidades de desarrollar esta habilidad se ven comprometidas. Si queremos tomarnos en serio la prevención de la violencia, el punto de partida debe cambiar.

Primero, es urgente fortalecer la detección temprana de posibles problemas, incorporando herramientas que permitan identificar no solo conductas problemáticas, sino también dificultades en la regulación emocional desde los primeros años de vida.

Segundo, debemos apoyar decididamente a quienes sostienen el cuidado cotidiano, sean madres, padres, cuidadores o educadoras. Si la autorregulación se aprende en relación, quienes cuidan necesitan herramientas concretas para acompañar ese proceso.

Tercero, es fundamental fortalecer el rol de las educadoras de primera infancia. Ellas son agentes clave en la construcción de entornos predecibles, seguros y emocionalmente disponibles. Pero para ello requieren formación específica, apoyo institucional y condiciones laborales que les permitan desempeñar ese rol.

La evidencia es clara: la autorregulación o las conductas prosociales no dependen solo del niño, sino también de las relaciones y los entornos en los que crece. Por eso, la prevención de la violencia no comienza en el sistema penal ni en la adolescencia. Comienza mucho antes, en la sala cuna, en el jardín infantil y en el hogar. Si aspiramos a una sociedad más segura, debemos mirar en los primeros años de vida. Es ahí donde se aprende a convivir con otros y donde se construyen —o se previenen— las trayectorias de violencia.